

poder de que se jactaba Pilato, tal como él lo entendía, era un poder despótico y tirano; porque el juez no lo tiene para absolver ó condenar á su arbitrio á los acusados. Si estos aparecen reos, no tiene facultad para absolverlos, y si aparecen inocentes, tampoco la tiene para condenarlos. Alguna vez pueden tener los supremos magistrados fundamentos de utilidad comun para dejar impune á un criminal; pero nunca pueden tenerla para condenar á un inocente.

Repetimos que Jesucristo respondió á Pilato: *No tendrías poder sobre mí si no te hubieran sido dado de arriba*, para que reflexionemos que siendo los hombres iguales según la naturaleza, la potestad que tienen unos sobre otros les viene de arriba, ya sea mediata, ya inmediatamente, según sostienen los defensores de ambas opiniones; pero lo cierto es que Dios por medio de su ley, es el que induce la obligación de obedecer á los superiores. Finalmente, contraida esta respuesta á lo particular de la pasión del Señor, declaraba á Pilato, y nos declara á nosotros, que en tanto pudieron los hombres perseguir al Hijo de Dios, juzgarlo, condenarlo á muerte y dársela, en cuanto estaba decretado por Dios que así sucedería; mas en cuanto á la intervención de los hombres, no por una disposición de beneplácito divino que autorizara á los hombres para hacerlo; sino solamente por permission, no impidiendo que obraran las causas segundas é inmediatas. Sin que por esto dejara de ser verdadero decreto; pero decreto en que entraba la permission, para el efecto físico é inmediato de la causa humana ú obra del hombre.

♦♦♦♦♦

DIA DIEZ Y SEIS.

**San Onésimo y Santa Juliana, vírgen y mártir. (\*)**

SAN Onésimo era frigio y esclavo de Filemon, sugeto rico y de calidad, de la ciudad de Colosas en Frigia, el cual habia sido convertido por San Pablo. Los progresos que habia hecho en la virtud eran tan grandes, que su casa era como una iglesia, por las buenas obras que allí se practicaban. No obstante, Onésimo, lejos de aprovecharse de los buenos ejemplos de ella, progresaba en los vicios; hasta que despues de haber dado muchos disgustos á su señor, lo

(\*) La vida de Santa Juliana irá por suplemento, y así como en sus capítulos

robó y se huyó. Habiendo gastado lo que habia adquirido por este medio fraudulento, se dirigió á Roma para buscar nueva fortuna, la que en efecto consiguió felicísima. El apóstol San Pablo habia sido conducido á Roma por haber apelado al César, y estaba como prisionero; pero acompañado del soldado que lo custodiaba, tenia la libertad de andar por la ciudad. Onésimo lo encontró inopinadamente, y no pudo ocultarle lo que le habia pasado. El Apóstol que se hacia todo para todos con el fin de conquistar todo el mundo para Jesucristo, lo recibió con una calidad y ternura verdaderamente paternales; lo instruyó en la doctrina del Evangelio, lo convirtió á la fé y lo bautizó, haciéndolo de este modo, de esclavo, ladrón y fugitivo, siervo fiel de Jesucristo. San Pablo pensó despues tenerle consigo, mas no se determinó á ello sin el consentimiento de Filemon; resolvió, pues, enviarle á Onésimo con una carta en que le pide que conceda á su esclavo el perdon del robo y de la huida.

Filemon recibió á Onésimo con toda la bondad que podia esperarse de un verdadero cristiano; y no contento con perdonarle la falta, le dió libertad y lo envió á Roma para que acompañase á San Pablo. Este se sirvió de él como de un hombre fidelísimo; y el ardoroso zelo con que trabajó en la propagacion del Evangelio, manifiesta que no solo fué su conversion sincera, sino que progresando en las virtudes y trabajando en utilidad de la Iglesia, procuró borrar las feas manchas de su pasada vida. Poco tiempo despues envió el Apóstol á nuestro Santo con Tiquico á que llevase una carta que habia escrito á los fieles de Colosas. Esto es lo único que nos dice la Escritura Santa de la vida de San Onésimo; pero las constituciones apostólicas, que aunque no muy autorizadas no dejan de ser de respetable antigüedad y de contener cosas dignas de crédito, nos dicen que San Pablo lo hizo obispo de Berea en Macedonia; y según estas y lo que hemos encontrado en autores recomendables, creemos que Dios coronó su vida por la gloria del martirio, que los modernos griegos dicen haber sucedido bajo el imperio de Domiciano, hacia el año 95.

*La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 96).*

Hermanos: Bendito sea Dios, &c.

*El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 97).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno &c.

## MEDITACION.

*Sobre los efectos del amor que Dios tiene á los pecadores.*

Considera que no contento Dios con dar al pecador tiempo de penitencia, lo busca positivamente para obrar su perfecta conversion, atrayéndole á su gracia y á su amor. ¡Cosa asombrosa! Un enemigo si busca á su enemigo para agradarle, no es sino porque no puede vengarse ó porque espera de él algún bien, ó teme algún mal; pero Dios no tiene que temer ni que esperar de un pecador, y puede reducirlo á la nada ó precipitarlo en el infierno. Pues ¿por qué te busca, hombre pérfido y malvado? Porque te ama y quiere salvarte. ¡Oh, y cuánto tiempo ha que Dios ofendido y enojado por tus pecados, haciendo á un lado su ofensa, te busca y te pide la paz! ¡Oh, y cuántas veces te ha perdonado! Y aun hoy está dispuesto á perdonarte: oye si no lo que te dice por boca de Jeremías: “Si un marido repudiare á su muger, y separándose ella de él, tomare otro marido, ¿acaso la recibirá cuando vuelva á su casa? Y tú, alma infiel, que te has prostituido á tantos amadores; no obstante esto, vuélvete á mí y yo te recibiré.” Así habla el Señor, y así obra tambien, pues siendo así que le hemos ofendido tanto y por tan repetidas veces, nos ha vuelto á perdonar siempre que nos hemos arrepentido de veras; siendo tanta la estimacion que hace de la misericordia, que nos manda á nosotros, hombres, bajo pena de condenacion eterna, que perdonemos á nuestros enemigos todas las veces que nos ofendan.

Considera que Dios no solo busca al pecador y le perdona siempre que se le humilla; sino que es el primero en pedirle la paz. Cuando se trata de reconciliarse con un enemigo ¿qué dificultades no se ofrecen para quien ha de dar los primeros pasos? Y siempre se cree con derecho de esperar la satisfaccion el que ha recibido la ofensa. ¡Qué agravios no hemos hecho nosotros á Dios! Ciertamente hemos sido los agresores, y toda la culpa es nuestra; sin embargo, Dios es el que nos busca y se adelanta á solicitar nuestra amistad por medio de las gracias con que nos ilumina el entendimiento y nos mueve el corazon. Dios le pide el primero la paz al pecador, y se la pide en tono de súplica, como si fuera el ofensor y temiese algun mal de su enojo. “Nosotros, dice San Pablo, somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros. Os roga-

mos por Cristo que os reconciliais con Dios.” Mas este Dios es tan benigno, que no se contenta con rogarnos por sus embajadores, sino que él mismo en persona, en pié, con la cabeza descubierta, como se representa en los Cantares, llama continuamente á la puerta de nuestro corazon, y nos pide lleno de mansedumbre y humildad, que le dejemos entrar. ¡Oh Dios! Y ¿quién soy yo para que así os ba- jeis hasta pedirme por gracia lo que os debo de justicia? ¡Oh, y cuánta es vuestra bondad; y cuánta al mismo tiempo mi maldad, pues que tomo ocasion de ser vos tan sumamente bueno, para ser yo cada día mas malo y mas ingrato!

## PETICION Y PROPÓSITOS.

Y bien, alma mía, ¿harás siempre la guerra á tu Dios? ¿No le abrirás nunca la puerta de tu corazon? Mucho tiempo ha que está llamando: ¿cuándo le dejarás entrar? Que, ¿no quieres rendirte? ¡Ah! ¿Qué ganarás en luchar contra tu Dios? Mira que es mas poderoso que tú, y que tarde ó temprano caerás en sus manos: entrégate hoy en la de su misericordia; no sea que despues vengas á caer en la de su justicia. Ea, vamos á postrarnos á sus piés; pidámosle gracia y misericordia, y consagrémonos á su santo servicio con una fidelidad inviolable.

## JACULATORIA.

Hallé al que ama mi alma: le tengo y no le dejaré.

## LECCION.

*Continúa la anterior sobre la pasion de Jesucristo.*

Dos cosas se trataban, por explicarnos así, en las disposiciones del Altísimo por la pasion de su Hijo; y la una manifiesta á la otra, hasta cierto punto oculta. Aquella consistia en la absolucion ó condenacion de un hombre inocente, á quien los escribas y sacerdotes por evidia acusaban de que queria hacerse rey de Israel, é Hijo de Dios: la segunda es la reprobacion del pueblo hebreo. Ambas cosas debian quedar aquí plenamente justificadas, para lo cual usó Dios del mismo instrumento de que se habian valido los judíos para obrar contra Jesus. En efecto, aquel mismo presidente á quien ocurrieron los judíos para que lo sentenciara á muerte; lo hizo, es verdad, pero dando manifiestas pruebas de la inocencia de Jesus y de la in-

justicia con que lo condenaban; pues hemos visto que no una sino cuantas veces se le proporcionaron procuró evadirse de juzgar á Jesus: confesó púpticamente que no encontraba causa en él; y aun se valió de arbitrios injustos para suavizar el encono de los Judíos, como fué el mandarlo azotar, con lo que vino á quedar demostrada la inocencia del Salvador y la injusticia de su condenacion á muerte. La reprobacion de los judíos quedó igualmente verificada por la protesta voluntaria que hicieron de que no tenían otro rey que el César; porque esta protesta dimanaba de que no querían reconocer á Jesus por el Mesías prometido, á pesar de la santidad de su vida, de lo sublime de su doctrina, de sus obras maravillosas que no podían ser ejecutadas sino por un poder divino; y en fin, por el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesus. No solamente desconocieron los judíos como á su Mesías y Rey á Jesucristo, y se sujetaron por su voluntad á un rey de la tierra, renunciando los inestimables derechos de ser pueblo de Dios, sino que despues se fulminaron ellos mismos contra sí propios el anatema cuando clamaron: *Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* De este modo se verificó aquella profecia de Daniel: *Y despues de setenta y dos semanas será muerta el Cristo, y no será ya pueblo suyo el que lo negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario.* Aquí puede decirse que comenzó la reprobacion del pueblo hebreo, por haber negado á Cristo, y se completó cuando se fulminaron el anatema de que su sangre cayera sobre ellos y sobre sus hijos, comenzándose á sentir los efectos de esta terrible reprobacion cuando Tito destruyó á Jerusalem.

Mas Jesucristo, siempre piadoso, y procurando hacernos conocer nuestros errores, aun permitió un arbitrio extraordinario, ya que los ordinarios no habian bastado para vencer la timidez del juez cobarde, y fué que la muger de este tuviera en esa misma noche una vision; por lo que cuando Pilato estaba indeciso sobre si condenaba ó absolvía á Jesus, recibió un recado de esta, como nos lo asegura el evangelista San Mateo, diciendo: *Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su muger: Nada tengas tú con aquel justo, porque muchas cosas he padecido hoy en vision por causa de él.* Jesucristo quiso por medio de estas visiones advertir á Pilato la injusticia que iba á cometer. ¿Por qué no las mandó directamente á él, y no á su muger? Responden los intérpretes: Porque Pilato, que estaba poseído de miedo y no quería que los judíos

fueran á calumniarlo de que favorecía á un enemigo del César, no hubiera hecho aprecio de ellas: y aunque lo hubiera hecho, no lo habria publicado, porque entónces hubiera temido igualmente que los judíos dijeran que eran pretestos de que se valia para no condenar á Jesus, y por esta causa no se hubiera hecho público ese arbitrio extraordinario de que Dios se habia servido para mover el corazón de Pilato; de suerte que no se pudiera poner la menor duda en que si condenaba á Jesus era por su temor injusto, y por no perder la amistad del César, aunque para conservarla fuese necesario cometer una injusticia, como la de condenar á un inocente, al que sabia muy bien que sus enemigos acusaban y perseguian unicamente por odio y envidia. Fijemos atentamente la consideracion en lo que sucedió á Pilato, para que no imitemos su conducta en perjuicio de nuestras almas. Debemos ser muy zelosos en resistir las tentaciones. Infelices de nosotros si no habiéndonos tenido valor para oponernos rectamente á la tentacion cuando comienza, la dejamos avanzar; pues ménos lo tendremos para vencerla, hallándose ya muy avanzada y casi triunfante. Entónces nos atucinaremos con la ridícula disculpa de que pecamos por puro compromiso, y no por nuestra voluntad; pero esta vana excusa no nos librará del pecado y su reato.

Esto fué puntualmente lo que hizo Pilato: *Porque viendo, dice S. Mateo, que nada conseguía, sino que antes se levantaba tumulto, tomando agua lavó sus manos ante el pueblo diciendo: "Yo estoy inocente de la sangre del justo: vosotros lo veréis."* Frase que equivale á la que comúnmente usamos cuando queremos echar la culpa de un hecho á otra persona, y le decimos: Yo por mí nada tengo que ver con esto; allá os lo haya á vosotros. Ridícula fué á la verdad esa disculpa de Pilato, como lo son muchas de las que nosotros alegamos para cometer nuestros crímenes; por lo mismo leemos en la Escritura esta admirable peticion: *No declines mi corazón á palabras de malicia para buscar excusas á los pecados.* Habiendo hecho Pilato aquella protesta respondió el pueblo lo que ya asentamos ántes, á saber: *La sangre de él caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

Entónces Pilato, aun persuadido de la inocencia de Jesus; pero como halagada su conciencia por la respuesta del pueblo, como si los judíos le hubieran dicho: Esto que tú haces injustamente, no lo pagarás tú, sino nosotros, que nos sujetamos á la pena: lo condenó en fin á muerte. En los pecados no puede ponerse sustituto para

que pague las culpas de otro: cada uno ha de pagar las suyas, así como Pilato y los judíos han pagado las que cometieron, aquel la de haber condenado por respetos humanos á un inocente, y estos la de haber influido en esa injusticia, y tanto, que ellos fueron los que lo promovieron y causaron. *Entónces, dice el Sagrado Texto, se lo entregó al pueblo para que lo crucificase.* Habiéndose esparcido por la ciudad la sentencia que al fin había dictado Pilato contra Jesus, todo el pueblo se puso en movimiento. El vulgo, siempre novelero, pasaba de un extremo á otro. Jesus había llamado mucho la atención del pueblo con sus milagros; y como los personajes que se hacen mas visibles en lo público son los que mueven mas la curiosidad cuando se ven en situacion semejante á la de Jesus, todo el pueblo queria verlo y ser testigo de sus padecimientos. Los discipulos y afectos al Salvador, se hallan en la mayor consternacion y amargura, al mismo tiempo que sus enemigos y todos aquellos que habían alucinado se encontraban muy alegres; alegría que fué uno de los mayores martirios que padeció Jesus, pues se quejaba de ella por boca del Profeta rey: *Y se alegraron, y contra mí se juntaron...*

*No se gocen sobre mí los que me son contrarios injustamente: los que me aborrecen sin causa y se hacen del ojo. Y en otra parte: Mirame y cyeme, Señor Dios mio. Alumina mis ojos, para que yo nunca duerma en la muerte: no sea que alguna vez diga mi enemigo: He prevalecido contra él. Los que me atribulan se regocijarán si yo fuere comorido.*

Ya por fin está Jesus sentenciado á muerte: ya están cumplidas las profecias de que hablamos ántes: *El Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes . . . y lo entregarán las gentes para ser burlado, azotado y crucificado.* Al fin los enemigos de Jesus consiguieron lo que intentan, y procuran llenar la ciudad de voces de aplauso y de triunfo. Entónces fué cuando se verificó aquello que había dicho el profeta Jeremias: *Silbaron y rechinaron los dientes, y dijeron: Devorémoste, este es el dia que esperábamos.* Si en efecto; este es el dia de la potestad de las tinieblas. Ved los preparativos para la ejecucion de la sentencia fulminada contra Jesus por un juez inicuo; reservemos para mañana seguirlo en su dolorosa marcha hasta la cumbre del Calvario.

DÍA DIEZ Y SIETE.

**San Teóduo y sus compañeros, y San Rómulo, mártires (\*).**

En el año 309 de Jesucristo, durante la persecución del emperador Galerio Maximiano, cinco cristianos llegados de Egipto á Cesarea de Capadocia, que se daban el nombre de hermanos, sin duda por su bautismo y adopción espiritual, fueron detenidos por los guardas á su entrada en la ciudad por haber declarado venir de Cilicia de visitar en las minas á los fieles condenados á trabajarlas, y que el objeto de su venida era satisfacer el mismo deber con los que allí se hallaban aprisionados por la propia sagrada causa de la religión cristiana. En el acto fueron encadenados como criminales sorprendidos en el delito, y se les condujo al tribunal del gobernador Firmiliano, quien oída su confesión, los remitió á la cárcel.

Al día siguiente comparecieron ante el mismo juez en union del célebre S. Pánfilo, sacerdote de Cesarea, que se venera en primero de Junio, y de algunos otros confesores que hacia dos años estaban presos; y ántes de interrogar á los recién venidos, se les mandó dar tormento. Después de haberlo sufrido con la mayor constancia, preguntóles Firmiliano sus nombres y patria: contestó por todos el llamado Elias, manifestando el suyo y los de sus compañeros Jeremias, Isaias, Samuel y Daniel, agregando eran de la ciudad de Jerusalem, entendiendo por este nombre la patria de los fieles, llamada por S. Pablo Jerusalem celestial y ciudad del Dios vivo. El gobernador, que no conocia ninguna ciudad nombrada así, pues la antigua ya no existia, dudó de la sinceridad de los declarantes y mandó volverlos á la tortura. Puestos á ella los cinco cristianos y obligando á Elias á determinar el lugar de su patria, prosiguió el ilustre mártir en hacer la descripción del cielo con tan hermosa pintura de sus bellezas, bienes y felicidades, que entendiendo el tirano ser alguna fortaleza desde donde los cristianos pretendian trastornar el imperio romano, redobló sus esfuerzos á fin de descubrir este lugar que tanto le formidaba; mas viendo la constancia y alegría de aquellos héroes entre tales tormentos, y que nada adelantaba en sus pesquisas por no al-

[\*] La vida de San Rómulo irá por suplemento.



*S. Rómulo Mártir.*



*S. Simón Obispo.*



*S. Gavino Presbítero.*



*S. Eleuterio Obispo.*

canzar el misterio, dispuso fuesen todos decapitados, lo que se ejecutó al momento.

En seguida fué condenado tambien el sacerdote Pánfilo, que habia ya sufrido otros combates, y hallándose entre los concurrentes un criado suyo muy jóven, á quien el Santo hubiera educado en la virtud y letras, luego que oyó la sentencia, exclamó, que á lo ménos no se negase á sus cuerpos el honor de la sepultura. Ofendido Firmiliano de esta peticion, mandó que lo prendiesen; mas confesandó él ser cristiano en la declaracion que inmediatamente se le tomó, fué aplicado al tormento sin respeto á su edad. Ordenóse en seguida sacrificase á los dioses, y como rehusase hacerlo, hizo despedazar sus costados con tanta inhumanidad, que llegaron á descubrirse los huesos, permaneciendo el valeroso jóven entre tantos padecimientos, tranquilo y sin derramar una lágrima, ni exhalar un suspiro. Continúo este cruel martirio por algun tiempo, hasta que irritado el juez de tan heroica constancia, lo mandó arrojar en una hoguera, de donde voló á la bienaventuranza.

Uno de los fieles, testigos de esta victoria, corrió á la cárcel, á la que habia sido devuelto San Pánfilo, á noticiárselo, elogiando la constancia del jóven atleta cuanto era debido; y esta accion, le mereció acompañarlo en la gloria, pues sabedor el tirano de las alabanzas hechas á su víctima, mandó sin otra forma de juicio se le cortase la cabeza, como se verificó al momento.

El valor de tantos héroes de la religion, encendió el ánimo de nuestro Teódulo, anciano venerable por su numerosa posteridad, que lo reconocia por padre, abuelo y bisabuelo, por la exactitud en el fiel desempeño de sus deberes, y la confianza y estimacion que le merecia á su amo, que era el mismo gobernador Firmiliano. Corrió, pues, á la prision como San Seleuco, abrazó á los confesores, animólos á sufrir con la misma constancia que sus compañeros, y se congratuló con ellos por el triunfo que con su muerte habia conseguido el cristianismo. Enfurecido el juez al saber tal confesion en un dependiente suyo: olvidado de los servicios que le habia prestado su honradez y fidelidad, y del aprecio que profesaba á un criado tan recomendable, hízolo conducir á su presencia, é injuriándolo con las expresiones mas duras, lo sentenció á ser crucificado, suplicio que llenó de placer á Teódulo, por morir como su Redentor, y que sufrió con extraordinario valor, hasta entregar su espíritu bienaventurado en las manos de Jesucristo.

A continuacion fué arrojado en una hoguera San Julian, por haber ido á abrazar los cuerpos ya difuntos de nuestros mártires, encomiándolos voz en cuello, sin temor de los paganos que los custodiaban, ni hacer caso alguno de sus insultos y violencias.

Los cuerpos de todos estos Santos quedaron por órden del gobernador, expuestos por cuatro dias y otras tantas noches, para que fuesen devorados por los animales; pero mirando no se acercaba á ellos uno solo, permitió á los cristianos les diesen honorífica sepultura.

*La Epistola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.*

Carísimo: Tened por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fé ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que así vengais á ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna. Mas si alguno de vosotros tiene falta de sabiduria, pídasela á Dios, que á todos dá copiosamente, y no zahiere á nadie, y le será concedida. Pero pídala con fé, sin sombra de duda, pues quien anda dudando, es semejante á la ola del mar alborotado y agitada del viento acá y allá. Así que un hombre semejante no tiene que pensar ha de recibir poco ni mucho del Señor. El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos. El hermano, pues, que sea de baja condicion, ponga su gloria en su exaltacion, mientras el rico la debe poner en su abatimiento, porque se ha de pasar como la flor del heno. Pues así como en saliendo el sol ardiente se va secando la yerba, cae su flor y se acaba toda su vistosa hermosura; así tambien el rico se marchitará en sus andanzas. Bienaventurado, pues, aquel que sufre con paciencia la tentacion, porque despues que fuere así probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman.

*El Evangelio es del capítulo XII de San Juan (pág. 226).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad en verdad que si el grano de trigo &c.

#### MEDITACION.

*Sobre la utilidad y necesidad de las tentaciones.*

Considera que por una disposicion admirable de la Sabiduria de Dios, las cosas se perfeccionan y fortifican por sus contrarios; el mal

purifica el bien; la tempestad fortifica los árboles; la nieve fecunda la tierra; la agitación del mar impide que su agua se corrompa; el fuego refina el oro; el combate aumenta el valor y la destreza del soldado; á este modo pues, la tentación aumenta y fortalece á la virtud que ataca, y aumenta la caridad. Cada cosa tiene su contrario, y todo subsiste por la oposición; de manera que la guerra que tienen entre sí los elementos conserva al mundo; si pues no eres tentado no te salvarás; si huyes de pelear, no serás coronado; mas no basta que tengas en tu contra á la tentación, y que esta te envista: es necesario que tú resistas, que combates contra ella para que se aumente tu vigor, se aquilate tu virtud y crezca tu mérito: de otro modo no te serviría tu contrario para este efecto saludable que cede tanto en tu bien, sino que obraría él de una fuerza superior empleada en tu destrucción; arminaría tu virtud, te corrompería y te arrojaría al infierno.

Considera que no debe asustarte la potencia de tus enemigos, la sagacidad y la fuerza de su tentación, porque no combates solo: pelea contigo la virtud divina de un Dios que te asiste para hacerte triunfar, y que saca su gloria de humillar á nuestros enemigos con tu sostenimiento en la virtud. Es verdad que tu naturaleza es débil; pero la gracia que te sostiene es poderosa. Combates contra unos espíritus y potestades; pero tambien son espíritus y dotados de excelentísima gracia los que te defienden; poderosos son los demonios, pero mas fuertes que ellos son los ángeles; y aunque no eres mas que un hombre flaco y débil, obra en tí la fortaleza de un Dios que está contigo. ¡Ah! con tanto poder debias triunfar en todas ocasiones, y crecer mas en virtudes mientras mas tentaciones padecieras; empero, no es así, porque no pones de tu parte todo el esfuerzo que puedes, toda la cooperación que es indispensable para que obre en tí el inmenso poder con que Dios te socorre: porque eres un cobarde, un traidor, un pérfido que das entrada al demonio franqueándole las puertas de tu corazón; ó por lo ménos, no huyes de la ocasión, ni acudes á Dios, ni vives con vigilancia, ni sofocas la tentación en su principio: medios indispensables, sin los cuales jamas conseguirás el buen efecto de las tentaciones.

#### PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh Dios mio! ¡Cuán bueno es para mí el que yo sea tentado, si portándome con virtud coopero á los altos fines con que vos permiti-

tis la tentación! Pero ¡cuán mal me irá si no presto esta cooperación á los auxilios con que vos me socorreis contra la malicia de mis enemigos! En esto estriba toda mi felicidad: cooperar á vuestra gracia con todas mis facultades y fuerzas naturales, para salir de mi pequeñez y ser grande en el reino de los cielos. No debo despreciar tanta ventaja, ni malograr medio tan poderoso: así lo quiero, así os lo prometo, implorando el socorro de vuestra gracia.

#### JACULATORIA.

Prueba, Señor, mi corazón y visita todos sus senos, para que se haga enteramente tuyo.

#### LECCION.

Continúa la anterior.

Continuemos, pues, observando nuestro divino modelo, con el objeto de imitarlo del mejor modo que nos sea posible. Condenado á muerte por Pilato, al momento se nos presenta aquella santa resignación en la voluntad del Eterno Padre, que fué el distintivo característico de la vida de Jesus. Esa paciencia, esa conformidad, esa obediencia voluntaria de Jesucristo estaba ya anunciada por David: *Sacrificio y ofrenda no quisiste... holocausto y hostia por el pecado no demandaste: entonces dije: He aquí que vengo... para hacer tu voluntad: Dios mio quiselo, y tu ley enmedio de mi corazón.* S. Pablo nos aclara mas estos conceptos diciendo: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me apropiaste cuerpo: holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí que vengo: en el principio del libro está escrito de mí: que he de hacer, ¡ó Dios! tu voluntad.* Con tan santa resignación se entregó Jesus á los verdugos, que, segun la expresion del Salmista, *lo recibieron como el leon preparado para la presa.* Jesus cargado con la cruz, como nos lo asegura el evangelista San Juan, *salió á aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota,* entre los oprobrios y afrentas de aquel pueblo que pocos dias antes lo habia recibido con ramos de triunfo, habia extendido sus vestiduras en el camino para que pasara, y habia exclamado: *Benedito el que viene en nombre del Señor.* Ahora solo se ocupa en llenar de maldiciones y denuestos á Jesus.

De esta suerte caminó hasta llegar al lugar del sacrificio. San Juan, despues de habernos dicho que Jesucristo llevó la cruz á cues-

tas hasta el monte Calvario, continúa: *Y allí lo crucificaron, y con él á otros dos de una y otra parte, y á Jesus en medio.* Estos dos que crucificaron á los lados de Jesucristo, nos dice San Mateo que eran dos ladrones. De este modo se cumplieron en Jesus las profecías que hablan de la pasión y muerte del Salvador. El Salmista habia dicho: *Han hablado mis enemigos contra mí; y los que acechaban mi alma, tuvieron juntos consejo, diciendo: Dios lo ha desamparado; perseguídle y prenderle, porque no hay quien le libre.* — *Contra mí susurraban todos mis enemigos: contra mí meditaban males. Palabra injusta decretaron contra mí.* — *Yo soy gusano y no hombre: oprobio de los hombres, y deshecho de la plebe. Todos los que me veían, hicieron burla de mí: hablaron con los labios y menearon la cabeza.* Cotejemos estas profecías con lo que nos refiere el evangelista San Mateo, y veremos la perfecta igualdad que se encuentra entre lo anunciado y lo sucedido. Dice el Evangelista: *Y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas y diciendo: ¡Ah! tú el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, salvate á tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende ahora de la cruz, y le creeremos: confió en Dios, librélo ahora si le ama, pues dijo: Hijo soy de Dios.*

Cotejemos tambien el espectáculo sangriento que nos presenta Jesus en el Calvario, y veamos cuán parecido es al retrato que ya habia hecho de él David: *Tú eres mi Dios, no te alejes de mí: porque la tribulación está cercana, pues no hay quien me ayude. Me han cercado muchos becerros: toros gordos me han sitiado. Abrieron sobre mí su boca, como león devorador y rugiente. Como agua he sido derramado, y se han desmenuado todos mis huesos. Mi corazón se ha hecho como cera que se derrite en medio de mi vientre. Secóse como un tiesto mi vigor, y mi lengua se pegó á mis fauces, y me has conducido hasta el polvo del sepulcro. Por cuanto me rodearon muchos perros, y concilio de malignos me sitió. Horadaron mis manos y mis pies: contaron todos mis huesos. Y ellos me estuvieron observando y mirando: se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suerte. Salvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma. Atollado estoy en el cieno del profundo, y no hay consistencia.* He llegado á alta mar,

*y la tempestad me ha anegado. Me cansé de dar voces, enrojeciéronse mis fauces: desfallecieron mis ojos, mientras que espero en mi Dios.* Se han multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin razón. Se han robustecido mis enemigos, que me persiguieron injustamente. . . . Tú sabes mi improprio, y mi confusion, y mi vergüenza. A tu vista están todos los que me atribulan: improprio y miseria aguardó mi corazón. Y esperé que alguno se entristeciese conmigo, y no lo hubo: y que alguno me consolase, y no lo hallé. Y me dieron hiel por comida: y en mi sed me dieron á beber vinagre. En efecto, el evangelista San Juan nos refiere que Jesus para que se cumpliese la Escritura dijo: *“Sed tengo.” Habia allí un vaso lleno de vinagre; y ellos poniendo al rededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca.*

En fin, son muchas las profecías que hablan de la muerte de Jesus y de las circunstancias de ella; pues dirigiéndose toda la Escritura á demostrarnos al Mesias, ya como que habia de venir, ya como venido en carne mortal, y ya en fin, como que ha de volver en gran gloria y magestad á juzgar al mundo, es preciso que á cada paso nos encontremos con profecías, símbolos y figuras de Jesucristo. Concluyamos por tanto las profecías que hablan de la pasión y muerte del Redentor, con aquella tan expresa y terminante de Isaías. Dice así: *No hay buen semblante en él ni hermosura; y le vimos, y no era de mirar, y le echamos méenos. Despreciado, y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado. Mas él fue llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fue sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados. Todos nosotros como ovejas nos extraviámos: cada uno se desvió por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros. El se ofreció, porque el mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca. Desde la angustia y desde el juicio fue levantado en alto. . . . porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la maldad de mi pueblo lo he herido. . . . Y el Señor quiso quebrantarlo con el trabajo. Este*



es el cuadro lastimoso que nos presenta Jesus en el Gólgota. Barlado, azotado, coronado de espinas, y en fin, clavado en una cruz, mas ese abatimiento en que á la vista de los hombres parece *gusano y no hombre*, es por su voluntad. Allí mismo da entrada en su reino á uno de los dos ladrones que implora su misericordia. *Señor*, le dice aquel bienaventurado delincuente, *acuérdate de mí cuando estés en tu reino.* Jesus que de nada tenia mas deseo que de la conversión de los pecadores, y de que se lograra en ellos el fruto de su pasión y muerte, no se hace rogar mucho tiempo. Apenas aquel malhechor invoca su piedad, cuando Jesus le contesta: *En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso.* Jesus manifestó que era Dios, cuando para morir levantó la voz y dijo: *En tus manos Señor encomiendo mi espíritu.* Cuando no debía esperarse de un hombre en el estado en que se hallaba Jesucristo, que pudiera pronunciar sino débiles quejas, él manifiesta que es el Señor de la vida y de la muerte, y que si se sujeta á esta es por su voluntad; pues como si nada hubiera padecido, como si nada hubiera perdido de su vigor, como si sus fuerzas no hubieran desfallecido, da una gran voz, que fué lo mismo que decirnos: "Muerdo, porque quiero."

Ya tenemos á Jesucristo clavado en una cruz y muerto. De su sagrado cuerpo se vierten arroyos de sangre con que se lavan los pecados del mundo, y se funda y se riega su Iglesia: ya se cumplió la profecía de Zacarías: *En aquel día habrá una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificación del pecador:* aprovechémonos de esta fuente, lavemos nuestras estolas en la fuente del Cordero. No caiga su sangre sobre nosotros como sobre los judíos para nuestra reprobación, sino para nuestra redención. Subamos con la consideración el monte Calvario, y digamos: *¡Cuán terrible es este lugar! No hay aquí otra casa, sino la casa de Dios y la puerta del cielo.* Si, católicos, en este monte se halla la casa de misericordia. Allí nos dió Jesus una prueba de su amor, no solo á los hombres en general, sino especialmente respecto de sus enemigos, instruyéndonos prácticamente en lo que ántes nos habia mandado: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* Estó nos habia mandado nuestro divino Maestro: y fué lo que practicó en la cruz, rogando por aquellos mismos que lo habian perseguido, calumniado y atormentado: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* No solo los ama y ruega por ellos, sino que

los disculpa. Allí abre las puertas del cielo al venturoso ladrón que imploró su clemencia; allí, en fin, nos deja á su muy amada Madre por Madre nuestra. ¿Eramos acaso dignos de tan gran beneficio? Nosotros que con nuestras culpas crucifigimos á Jesus, ¿merecíamos, no diremos ser hijos, pero ni esclavos de María? Pues Jesus nos la da por Madre. Vivamos siempre en la contemplación de las penas que Jesus padeció en el Calvario por nosotros y jamas pecaremos.

## DIA DIEZ Y OCHO.

## San Simeon, obispo de Jerusalem, mártir.

CLORFAS, hermano de José, y María, hermana de la Santísima Virgen, fueron los padres de San Simeon ó Simon, que era primo hermano de nuestro Salvador. Según los mejores intérpretes, este Santo era hermano de Satiago el menor, á quien sucedió en el obispado de Jerusalem; y es verosímil que por la relación de parentesco que tenia con Jesucristo, lo siguiera en su predicación, y fuera testigo de los prodigios y milagros que obró para publicar su santa doctrina.

Cuando murió Jesucristo, quedó nuestro Santo predicando la doctrina en la Judea, sin temor de la persecución ni del furor de los judíos. En el año 62 de la era cristiana, quitaron la vida los judíos á Santiago, á cuyo sangriento martirio asistió Simeon. Luego que se aplacó un poco la persecución, se reunieron los apóstoles en Jerusalem, y nombraron obispo de aquella ciudad á San Simeon.

A los cuatro años de su elevación á la dignidad episcopal, se suscitó la sangrienta guerra civil entre los judíos y los romanos. San Simeon salió con todos los cristianos de aquella ciudad para trasladarse al otro lado del Jordan á una pequeña ciudad llamada Pelea, mientras que Vespasiano ocupó la Judea, y destruyó el templo y la ciudad, sin dejar piedra sobre piedra, según lo habia pronosticado el Salvador. Después de este trastorno, y cuando Vespasiano abandonó la Judea, dejando únicamente las ruinas de Jerusalem, volvió San Simeon con los cristianos, y vivió entre los escombros, hasta que Adriano la asoló completamente. En este tiempo floreció mucho la religion y se aumentó sobremana el número de los fieles,

porque se convirtieron muchos judíos al cristianismo. Nuestro Santo tuvo no solamente que convertir á los infieles y judíos, sino tambien á ciertos herejes, tales como los nazarenos, que negaban la divinidad de Jesucristo y confundían los preceptos de la ley antigua con los de la nueva. Tambien convirtió otra secta acudillada por Ebion, que autorizaba la separacion de los matrimonios y sancionaba otros errores muy perniciosos; y tuvo el consuelo de ver desaparecer en sus días todas estas falsas creencias.

Simcon era el único descendiente de la estirpe real de David, porque todos habian muerto por orden de Vespasiano y Domiciano. Fue acusado nuestro Santo ante Trajano que repitió el mismo decreto, no solo como descendiente de aquel rey, sino tambien como cristiano, y Attico, gobernador de la Palestina, condenó al Santo obispo á ser crucificado, tormento que padeció con paciencia inalterable y extraordinaria fortaleza, hasta que por fin murió el año 107 ó 106 segun otros, de edad de 120 años.

*La Epistola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.*

Carísimos: Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentacion, porque despues que fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman. Ninguno cuando es tentado diga que Dios le tienta, porque Dios no puede dirigirnos al mal, y así él á ninguno tienta, sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Despues la concupiscencia, en llegando á concebir, pare el pecado; el cual, una vez que sea consumado, engendra la muerte. Por tanto, no os engañeis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que descende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.

*El Eeangelio es del capítulo XIV de San Lucas (pág 156).*

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno &c.

### MEDITACION.

*Sobre el dominio de Dios sobre nosotros.*

Considera que Dios es nuestro primer principio y nuestro último fin: nos ha criado para su gloria, para hacernos eternamente felices con la participacion de su misma bienaventuranza; y para ello nos ha dado un ser y una existencia de que él es el autor, el conservador y el reparador: nuestra vida la debemos á él, y en él tiene su principio. Por consiguiente, dependemos de Dios en todo, y nuestra dependencia es de todo punto necesaria, esencial, absoluta, continua, y para toda la eternidad; de manera que, sea en el tiempo ó sea en la eternidad, no se da ni puede darse un modo de sustraernos de Dios para ser en alguna cosa de nosotros mismos. Solo en el pecado que cometemos no somos dependientes de Dios, y aun en él no podemos caer sin su permission; si bien esta no es una cosa positiva que influya en nosotros para pecar, sino solo la conservacion de nuestro ser con sus facultades, y la de los objetos de que abusamos. Ademas, el pecado y su pena eterna nos separan de Dios; pero no nos sustraen de su dominio; pues si no estamos bajo el cetro blando de su misericordia y de su amor, estamos bajo la vara de hierro de su justicia que obra sobre nosotros y nos rige á nuestro pesar y para nuestro castigo. ¿En qué, pues, no estarémos bajo el dominio de Dios? ¿cómo podremos sustraernos de él? Es menester confesar que este dominio, de su naturaleza, por todos respetos, y de todo derecho es plenísimo, fortísimo é indeclinable.

Considera que las cualidades de este dominio de Dios sobre nosotros, de ninguna manera deben servirnos de tormento ó afliccion, sino ántes al contrario, de mucho consuelo, lleno y satisfaccion para nuestras almas. No por esto negamos que justamente se llena de terror y de congoja el pecador que vé contra sí á todo un Dios justiciero y omnipotente, de cuyas manos no puede escapar en modo alguno; pero sí, que este mismo pecador no está necesitado á soportar una situacion tan terrible; pues el mismo Dios, cuya indignacion ha provocado, le abre el camino para su reconciliacion, mediante la cual halle en él, no un enemigo poderoso para confundirlo y perderlo, sino un padre tierno y amoroso que lo perdona de corazon, que olvida sus ofensas y corona su penitencia con la debida consolacion de que inunda su alma arrepentida. Y si tan benéfico es para el pe-

cador el dominio de Dios y su supremacía, ¡cuánto mas debe serlo para las almas fieles, que bajo este reinado, esta dominacion suprema se encuentran á cubierto contra los males y provistas de todos los bienes! Yo sé bien, decia San Pablo, á quien me he confiado; y estoy cierto que es poderoso á conservar mi depósito para aquel día: sea, es sin duda el sentido, en que fijándose para siempre la suerte de los hombres, el depósito confiado al Señor queda establecido en la suerte de los bienaventurados.

#### PETICION Y PROPOSITOS.

Sea esta para mí, oh Dios misericordioso! el término y la recompensa de la fidelidad con que me mantenga bajo tu amoroso dominio; y sea este el que rija mis pasos por el camino de tus mandamientos. Yo prometo observarlos como la expresion que verdaderamente son de tu divina voluntad, á cuyo beneplácito quiero vivir en todo subordinado y obediente; siendo mi voluntad y mi deseo que no haya en mí, palabra, accion ó pensamiento en que desconozca tu supremo dominio y me rebelle contra mí Señor; sino antes sea toda mi conducta una continua y solemne protestaion de él, para tu gloria y alabanza.

#### JACULATORIA.

Señor, ¿qué quieres que haga?

LECCION.

Continúa la anterior.

Entre los judíos el suplicio de la cruz era, á mas de muy acerbo, el más infame que se conocía, y con el cual se castigaba á los grandes malhechores; pues ya hemos insinuado ántes que en el Deuteronomio se lee: *Maldito es de Dios el que pende del leño.* Este suplicio infame fué el que eligió Jesus por varias razones: la primera para enseñarnos á no temer la muerte, cualquiera que sea el modo en que la suframos. San Agustín escribe: «La sabiduría de Dios dio al hombre un ejemplo del modo de vivir rectamente; pertenece á la vida recta el no temer aquello que no debe temerse; y aquel Hombre Dios, modelo nuestro, mostrará con su muerte que no debía temerse.» Hay hombres que aunque no temen la muerte en general, se horrorizan con cierto género de ella, y como el hombre que

vive rectamente, no solo no ha de temer la muerte, mas ni el modo en que la suframos, sea cual fuere, por lo mismo Jesus escogió la especie de muerte que era entónces la mas horrorosa é infame. La segunda, por la analogía que se encontraba entre la caída del primer hombre y su reparacion. Aquel pecó gustando el fruto de un árbol; Cristo se presenta en un leño como fruto para limpiarnos del pecado y darnos la vida eterna. *El que come mi carne, y bebe mi sangre vivirá eternamente,* nos dice el mismo Señor. Un autor místico exclama: «Lo que justamente debía Adán, satisfizo Jesus muriendo injustamente; aquel extendió la mano para gustar la suavidad de la manzana, este para apurar hasta las heces del cáliz amargo de la cruz; aquel encontró la muerte en el árbol, este en el árbol la salud. Adán por el fruto de un árbol causó la ruina del mundo; Jesus en otro árbol la reparó.» La tercera, para que el aire fuese tambien purificado, como lo habia sido la tierra. Así lo observa un gran teólogo; pues á los demonios llama la Escritura potestades del aire; y como Jesus con su sangre, sus sudores, sus pasos habia santificado la tierra, era muy conveniente que tambien lo fuera el aire. La cuarta, para que se cumpliera lo que Cristo habia dicho, y nos refiere San Juan: *Cuando yo fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas.* Los místicos entienden que Jesus quiso demostrarnos que el camino para el cielo era desprenderse de la tierra; y San Atanasio exclama: «Así como se ofreció á la muerte por todos, del mismo modo manifiesta á todos la senda que conduce al cielo.» La quinta para dar una señal pública de que Jesus moria por todos los hombres. El mismo San Atanasio observa que Jesus no quiso morir en secreto, ni entre paredes, sino en público y á la vista de todo el mundo, con los brazos extendidos, manifestando de esta manera que su muerte es para la salud de todos los hombres y que está pronto á recibirnos en sus brazos, sean los que fueren.

Sexta; porque la muerte de cruz era mas conforme á las figuras de Jesucristo que habia en la ley antigua. El inocente Abel fué muerto por Cain en el campo, y su muerte fué efecto de la envidia que este habia tenido respecto de aquel; Jesucristo espiró en una cruz por el odio que le tenian sus hermanos los judíos. Abel era pastor de ovejas, y Jesus es el buen pastor, no de ovejas, sino de hombres. Cain, como leemos en el Génesis, sacó á Abel fuera para darle la muerte; lo mismo hicieron los judíos con Jesucristo. Dios castigó á Cain haciéndolo andar errante; mas conservándole siem-

pre la vida: los judíos han sido castigados de la propia suerte; pues nadie podrá negar el hecho de que andan errantes por todo el mundo despues de haber cometido su execrable deicidio; sin embargo, la nacion se ha conservado y conserva todavia, y ni los malos ni los buenos tratamientos que ha recibido en diversas épocas y naciones, han logrado extinguirla, y ni aun refundirla en las diversas sociedades en que ha vivido.

Isaac es la segunda figura de Jesus. Isaac fué prometido á Abraham; y Dios como nos dice el Apóstol, *prometió á Jesus por sus profetas en las Santas Escrituras. Dios mandó á Abraham que le sacrificase á su hijo unigénito Isaac; y el mismo Dios no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó para remedio de todos nosotros.* Isaac cargó sobre sus hombros la leña con que habia de ser sacrificado, y con ella á cuestas subió hasta la cumbre del monte en que habia de consumarse el sacrificio: Jesus sube hasta la cumbre del Gólgota llevando sobre sus hombros la cruz en que habia de morir. Isaac, atado y colocado encima de la misma leña esperaba la muerte: Jesus elevado en la propia cruz la recibió. Isaac sin replicar se sujetó á la voluntad de su padre; y Jesus fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. No se consumó el sacrificio en la persona de Isaac; pero substituyó su lugar un cordero; mas si se consumó en la persona de Jesus que es el *Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Aquel carnero tenia la cabeza enredada en un zarzal, y Jesus la tenia coronada de espinas.

El cordero pascual que immaculaban los israelitas todos los años, en memoria del beneficio que les habia hecho Dios sacándolos de Egipto y llevándolos á la tierra de promision; era otra de las figuras de Jesus crucificado. San Pablo nos dice: *Limpia la levadura vieja, para que seáis una nueva masa.... Porque Cristo, que es nuestra pascua, ha sido inmolado.* En el mismo tiempo del año en que era inmolado el cordero pascual lo fué Jesus, que segun nos enseña el Apóstol San Pedro, *es el Cordero immaculado é incontaminado.* El cordero pascual era comido por los judios con festinacion; con esta mismo fué sacrificado Jesus; de suerte que en pocas horas fué preso, juzgado, sentenciado y muerto. Tanto la muerte del cordero como la de Jesus fueron cruentas y ambas en favor del pueblo: la del cordero, en memoria del beneficio recibido; la de Jesus fué un beneficio que recibieron no solamente los judios, sino todos los hombres. La sangre del cordero tutada sobre las puertas de los hebreos,

los libró de la muerte, cuando el ángel exterminador pasó dándola á todos los primogénitos de los egipcios; la sangre de Jesus libra de la muerte á cuantos se saben aprovechar de ella; por lo que el profeta Isaías habia dicho: *Este rociará muchas gentes.* Por la ley estaba prohibido que se quebraran los huesos del cordero pascual; y tampoco lo fueron los de Jesus, pues como leemos en San Juan: *Los judios (porque era la Parascève, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado porque aquel era el gran día del sábado) rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas, y que fuesen quitados. Vinieron pues los soldados, y quebrantaron las piernas al primero y al otro que fué crucificado con él; mas cuando vinieron á Jesus, viéndolo ya muerto, no le quebrantaron las piernas.* Inmediatamente que los judios acabaron de comer el cordero pascual fueron libres de la esclavitud en que los tenian los egipcios; y al momento que Jesus murió quedó libre el género humano de la esclavitud del demonio y de la culpa.

Mucho tendríamos que extendernos si quisiéramos explicar todas las profecias que tuvieron por objeto la pasion y muerte de Jesus, como por ejemplo, la que anunció su crucifixion entre dos ladrones, diciendo: *He sido reputado entre los inicuos;* y otras.

Para terminar esta leccion, prescindiendo de las muchas particularidades de la pasion del Salvador, solamente nos encargáremos de una, porque á primera vista presenta una contradiccion entre los evangelistas sagrados; y como los incrédulos se valen de todas esas especies para atacar la creencia de los fieles, hemos juzgado muy conveniente explicarla. San Juan refiere que era casi la hora de sexta cuando Pilato mostró á Jesus al pueblo, diciéndole: *Ved aquí á vuestro Rey,* y San Márcos asegura que era la hora de tercia cuando lo crucificaron; de donde parece que segun estos dos evangelistas, fué Jesus crucificado ántes que lo mostrara al pueblo Pilato, lo que ciertamente es contra la verdad de los hechos. Para la debida inteligencia de esta objecion, es preciso saber que los judios dividian el dia en cuatro periodos iguales, que llamaban Prima, Tercia, Sexta y Nona, division que aun observa la Iglesia en el rezo de las horas canónicas. Así que, cuando los dias son iguales con las noches, se llama prima todo el tiempo que corre de las seis hasta las nueve; tercia, de las nueve á las doce; sexta, de las doce á las tres de la tarde; y nona de las tres á las seis. San Juan dijo muy bien cuando aseguró que Pilato habia mostrado á Jesus casi á la hora de sexta, pues ha-

biendo sucedido esto cerca de las once, estaba mas inmediata la hora de sexta que la de tercia, á la manera que nosotros, comunmente hablando, cuando ha pasado ya mas de las once y media, decimos son cerca de las doce, y tambien podemos decir son las once dadas, porque mientras no da la hora que sigue, contamos la anterior; por lo mismo se expresó tambien con exactitud San Márcos, pues mientras no daban las doce, ó lo que es lo mismo, mientras no era medio dia, podia asegurar que estaba en la hora de tercia, y como Jesus fué crucificado poco ántes de medio dia, pudo decir muy bien el Evangelista, que lo habia sido á la hora de tercia. Entendida ya esta aparente contradiccion de los evangelistas, no nos resta otra cosa que meditar continuamente en lo que sufrió Jesus por nosotros, para que sepamos aprovecharnos de los inagotables tesoros de sus méritos: al efecto, no solo fijemos nuestra atencion en los padecimientos físicos ó exteriores de Jesus, sino en los interiores, á los que dedicaremos la leccion de mañana.

#### DIA DIEZ Y NUEVE.

#### San Gabino, presbítero y mártir.

El glorioso mártir de quien vamos á hablar hoy, tan distinguido por su cuna, pues fué pariente del emperador Diocleciano, tan honrado por su parentela, habiendo tenido la dicha de ser hermano del papa San Cayo, y tan famoso por sus escritos, que combatiendo á la idolatría, trajeron á la verdadera religion á infinidad de infieles, es tambien un modelo de heroismo cristiano, así por sus virtudes sacerdotales, como por el grandioso sacrificio á que exhortó á la hija que habia tenido en el estado del santo matrimonio.

Nuestro santo, que era natural de Dalmacia, habia pasado á Roma en compañía de su hermano, para vivir en el centro de la fé y unidad católica: en esta ciudad se casó, y tuvo por hija á Santa Susana, á la que dió una virtuosa y esmerada educacion, principió de la heroicidad que despues manifestó la ilustre virgen, en el caso que tocarémos despues; mas habiendo quedado viudo, se decidió á abrazar el estado eclesiástico, objeto principal en esa época del odio y persecucion de los paganos, volviendo á emprender para desempeñar bien su alto ministerio, el estudio de las sagradas letras, á que en

su juventud se habia dedicado, como tambien el de todas las materias pertenecientes á la religion.

Elevado con estas disposiciones, y la práctica de todas las virtudes, al sacerdocio, se desplegó su ardiente zelo y caridad, tanto para fortalecer á los perseguidos cristianos en su fé, como para atraer á ella á los gentiles. Visitaba á los fieles en sus casas y en las grutas en que se habian ocultado, por temor de los perseguidores, les administraba los sacramentos, los consolaba en sus aflicciones y socorralos cuanto le era posible en sus necesidades, pasando muchas noches en lóbregas cavernas para poder celebrar el dia siguiente el adorable sacrificio de la misa, y alimentar á los católicos con el pan de los ángeles. Los ratos ociosos se dedicaba á escribir libros en que demostraba con toda claridad la certeza de nuestra santa religion, con los cuales, no ménos que con sus sólidos y elocuentes discursos, convirtió millares de paganos de dentro y fuera de Roma.

La subida de San Cayo al pontificado por el año de 282, llenó de alegría á nuestro Santo, porque veia que uniendo sus trabajos á los de su hermano, serian mas útiles á la Iglesia de Dios, como se verificó, pues el nuevo pontifice encontró en Gabino un fiel ayuda en su gobierno, un inseparable compañero en sus tareas, y un firme apoyo en los graves contratiempos que tuvo que padecer por la deshecha tempestad que padeció de parte de las autoridades civiles.

Bien sabia Diocleciano el carácter y la profesion de los dos hermanos, y no trataba de perseguirlos personalmente por entonces; pero teniendo noticia de la extremada belleza de Susana, hija de Gabino, quiso casarla con Maximino Galerio, su antiguo yerno, á quien habia hecho César del imperio, que se hallaba viudo. Para efectuar este enlace, comisionó á Claudio, caballero romano, quien se dirigió con este fin á Gabino; mas nuestro Santo, al proponerlo á su hija á quien mil veces habia inculcado las ventajas de la virginidad, el desprecio de las cosas del mundo, y la importancia de las eternas, recordándole estas santas lecciones y mirándola decidida á no aceptar esposo alguno en la tierra, por haberse consagrado á serlo de Jesucristo, la exhortó con eficacia y valor á preferir la corona del martirio, á ceñir la diadema de emperatriz del universo. Fiel la virtuosa virgen á sus promesas y á su fé, se resistió con valor á cuantas propuestas se le hicieron para lograr diese la mano al César, y permaneciendo firme en su heroica y generosa resolucion, murió

gloriosamente en defensa de su virginal castidad y de la fé de Cristo, que de todo corazon profesaba.

No se sació Diocleciano con el sacrificio de esta ilustre víctima, y resolvió vengarse de aquel que tuvo por desaire, en Gabino, al que consideraba causa de la resistencia de su hija. Hizolo encerrar en un oscuro calabozo, para que muriese al rigor del hambre y de la sed, y no contento con los crueles padecimientos que estas debian ocasionarle, ni de la espantosa oscuridad é intolerable hediondez de la prision, lo hacia atormentar diariamente con todo género de martirios y mortificaciones, que inventaba la crueldad del paganismo. Seis meses soportó nuestro Santo tan continuo padecer, muriendo por fin degollado el 19 de Febrero del año 296.

Las preciosas reliquias de San Gabino fueron depositadas por los cristianos en el cementerio de San Sebastian, hasta el año de 1608, en que el papa Paulo V, á pedimento del embajador de Francia, Carlos Neufville, y su esposa Jaquelina de Harlay, se las donó, y fueron trasladadas á Leon, y colocadas á la pública veneracion de los fieles en una urna de plata en la iglesia de la Santísima Trinidad del colegio de la Compania de Jesus.

*La Epistola es del capítulo X del Libro de la Sabiduría (pág. 116).*

El Señor condujo por caminos seguros &c.

*El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de la suegra, y los enemigos de los hombres serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no merece ser mio; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, tampoco merece ser mio. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar: quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta en atencion á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atencion á que es justo, tendrá galardón de justo; y cualquiera que diere de be-

ber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razon de ser discípulo mio, os doy mi palabra que no perderá su recompensa.

### MEDITACION.

*Sobre las preeminencias de la humildad.*

Considera que un buen juicio debe sentir en todo humildemente, y dar á Dios la gloria, tomando para sí lo que únicamente puede pertenecerle, que es el convencimiento de su nada. Dios es todo, y yo soy nada. Dios es dueño de todo, y yo no tengo mas que pobreza y miseria. Dios es omnipotente y puede todas las cosas, y yo no puedo mas que pecar y perderme. Es verdad, yo soy nada de mí, y por esta virtud humillándome me acerco á Dios, me uno á Dios, y de esta manera me vuelvo grande. Yo no posco, yo no soy dueño de nada por mí, no hay duda; pero humillándome, y uniéndome á Dios se comunica su Magestad á mí, y me hace participante de todos sus bienes y de todas sus riquezas. Yo nada puedo por mí mismo, lo confieso; pero la humildad, elevándome hasta Dios, y uniéndome á él, me hace participar de su poder, y por consiguiente puedo todas las cosas. ¡O nada glorioso! ¡O pobreza riquísima! ¡O fortísima debilidad! Que produce en mí la humildad, que socorre todas mis necesidades, y me solicita todas las gracias.

Considera que con la humildad, los vicios, y los pecados mismos, no solo dejan de ser perniciosos; pero en alguna manera pueden ser útiles. Pero sin la humildad, las virtudes mismas son poco seguras, y pueden ser perniciosas. El publicano es un miserable, y un gran pecador; pero es humilde, no se atreve á mirar al cielo, ni acercarse al altar, y esta humildad le convierte en un santo, y le hace merecer los elogios de un Dios. El fariseo refiere sus virtudes, y cuenta todas sus buenas obras: si era justo ántes, desde que perdió la humildad es pecador; y aunque él se alaba, hay un Dios que le vitupera, á él y á sus obras. ¡Qué admirable poder el de la humildad, pues de un pecador hace un santo! ¡Qué veneno el de la soberbia, pues de un justo hace en un instante un gran pecador! La humildad sabe poner aun las culpas de modo que sean materia de virtudes; y la soberbia al contrario, aun de las virtudes mismas hace que sean materia de pecado.

## PETICION Y PROPÓSITOS.

Pues que la humildad es capaz de abrirme el camino para la justificación, convirtiéndome de un pecador como soy en un santo, yo no quiero, Dios mío, abrazar otro medio, ni seguir otro camino que el que me proporciona esta virtud excelentísima. Cuando contemplo que vos mismo, para justificarme os humillasteis voluntariamente, ya no puedo dudar que la humildad sea un medio indispensable para la justificación. Yo os prometo, pues, abrazarme con ella, y quiero sea desde este instante mismo, confiando en que vos me dareis la fortaleza necesaria para vencer mi soberbia, y me regalareis con la gracia que habeis prometido á los humildes.

## JACULATORIA.

Dios resiste á los soberbios; pero á los humildes da su gracia.

## LECCION.

*Continúa la anterior.*

Dedicamos la presente leccion á imponernos en los dolores interiores que padeció Jesus, ó, como se expresan los místicos, en los dolores mentales. En ellos tenemos cada uno de nosotros un influjo directo; porque si bien Jesus cargó con todas nuestras culpas para redimirnos de ellas por medio de toda su pasion, podremos, á nuestro modo de entender, figurarnos esto como en globo; pero cuando se trata de los dolores mentales de Jesus, entónces cada uno de los hombres fué un verdugo que directamente oprimió el corazon de nuestro Redentor. El primer dolor que numeran los místicos entre aquellos fué el de la condenacion de tantas almas que no se habian de aprovechar de la pasion y muerte de Jesus. Este piadoso Señor, con su infinita sabiduria, tuvo presentes todos y cada uno de los pecados que habian de cometerse por los hombres. Esta no fué una idea general sino particular; porque Dios no vé como nosotros los objetos á bulto, como suele decirse, sino que como infinitamente sabio, y que se halla presente á todos los tiempos, pasados, presentes y futuros, vió nuestros pecados tan clara y distintamente como los yé en el mismo momento en que los cometemos. Figurémonos,

pues, cuál seria el cúmulo de iniquidades que se presentaron á la vista de Jesus. Si cada uno de nosotros al tiempo de hacer un examen general de su conciencia, se sorprende y espanta entrando al detalle de sus pecados, sin embargo de que de muchos no se acuerda, de otros no percibe con claridad las circunstancias agravantes, y de los mas ignora absolutamente las consecuencias, ¿qué sentiria el corazon de Jesus, cuya alma divina percibia en toda su estension todos estos pormenores? Él conocia la gravedad y malicia de nuestros pecados, como que solo Dios puede formar idea adecuada de la gravedad de la culpa; veia sus circunstancias; y en fin, la trascendencia de ellas. Nosotros cometemos un pecado, y nos parece que terminó el mal en solo nosotros; pero ¡cuántas veces un pecado nuestro, sin percibirlo nosotros, será causa de otros pecados de nuestros prójimos! ¡Cuántas veces serán ocasion de que muchas almas perezcan eternamente en el infierno! Esto que nosotros no conocemos, y que las mas veces nos es imposible conocer, lo veia Jesus en todo su aspecto y con toda distincion.

Mas no solamente lo atormentaba la memoria de nuestros pecados, sino la pérdida de los auxilios que habia de ministrarnos. Veia el empeño que habia de tomar por convertir á cada uno, y tambien el empeño que habian de tomar los hombres en huir de su Divina Magestad. ¡Cuántas recaídas! ¡Cuántos propósitos sin efecto! ¡Cuántas conversiones efímeras! De suerte que se presentaba á la vista de Jesus, á nuestro modo de entender, como un campo de batalla en que Jesus por una parte, y el mundo, el demonio y la carne por otra, se disputaban á palmos el terreno; y al fin, despues de haber sostenido muchas almas una alternativa constante entre el arrepentimiento y el crimen, venian á sucumbir y á ser presa del dragon infernal. ¡Qué dolor seria este para Jesus! Los místicos para explicarlo se valen de una comparacion que da bastante idea de lo que se quiere explicar. Dicen, pues, que así como en un pato de tormento siente el cuerpo dolores insufribles cuando se le disloca alguno de sus miembros, así el alma de Jesus los sentia incomprendibles al ver que se separaban de él sus miembros morales, es decir, las almas de los hombres que debian formar un solo cuerpo con su Divino Redentor.

Se agregaba á esta angustia el conocimiento que Jesus tiene de las penas eternas del infierno y de las delicias de la gloria. Los hombres, cuando saben la grandeza de un mal ó de un bien que

pueda resultar á alguna persona de su estimacion que no tiene conocimiento de aquella, vemos la mortificacion que sufren. Un hijo que no percibe las desgracias que puede ocasionarle un mal matrimonio, aunque prevea en general algunas, jamas siente el pesar que el padre prudente que las prevee todas y las conoce en su verdadero valor. Así sucedia respecto de Jesus. Los hombres, por mas que apuren el entendimiento, no son capaces de formar idea exacta de las penas del infierno ni de las dulzuras de la gloria; pero Jesus, que conoce perfectamente ambas cosas, ¿qué dolor no sentiria al conocer que despues de haber padecido tanto por librar á los hombres de las penas del infierno y proporcionarles las dulzuras de la gloria, no habian de aprovecharse de sus padecimientos ni de sus auxilios? Volvamos á la comparacion del padre y el hijo, para acercarnos de algun modo á la idea de los padecimientos de Jesus. Si el padre supiera que el hijo cuya educacion le ha costado muchas fatigas, habia de darle muchas pesadumbres; que no habian de servirle ni consejos, ni correcciones, ni escarmientos; y en fin, que despues de haber empleado en redimir sus crimenes todo su caudal, habia de perecer en un patíbulo, ¿cuál seria la suerte de este padre infeliz? Sin duda que en la cama, en la mesa, en medio de las mayores distracciones, se le presentaria la imagen de aquel hijo ingrato, y no le dejaria un momento de reposo. Pues he aquí lo que sucedió á Jesus; y con la enorme diferencia del conocimiento que su Magestad tiene de lo que le hemos costado, de lo que tenemos que padecer y de lo que perdemos para siempre. No solamente los pecados de los que habian de condenarse atormentaban á Jesus, sino aun los de aquellos que habian de salvarse. ¿Será posible, diria Jesus en su corazon, que no solamente aquellos infelices que me han de volver las espaldas para siempre me han de agraviar, sino aun mis propios amigos? ¿Cómo se le representaria cuando se hallaba en el Huerto la negacion de su apóstol Pedro? ¿Con que aun aquel hombre á quien de humilde pescador he elevado á la dignidad de piedra fundamental de mi Iglesia, se ha de poner de parte de mis enemigos; aun ha de negar que me conoce? ¿Qué seria si á la negacion de San Pedro añadiésemos la persecucion con que habia de fatigar á la Iglesia naciente un San Pablo, los extravíos de un San Agustin, y por último, los pecados de todos los que ántes de convertirse habian de ofenderle, y las recaídas de los que ya se hubieran convertido! Aunque los hombres tengan mucha proba-

bilidad de que el hijo, la persona ó el amigo han de arrepentirse con el tiempo del agravio que les hayan hecho, no por eso dejan de serles sensibles sus faltas, y tanto mas, cuanto es mayor el amor que tienen á la persona que los ofende. ¿Qué amor entre los hombres puede compararse con el que tiene Jesus á sus criaturas? Por lo mismo fué indecible la pena que tuvo por los pecados de sus escogidos.

Fué tambien grande la que le causaba la presencia y los padecimientos de su Madre Purísima. Veia Jesus que la única persona que en nada lo habia ofendido jamas, padecia los mayores tormentos que despues de los suyos se habian padecido y podian padecerse por una criatura. ¿Qué terrible contraste, al considerar por una parte el cúmulo de pecados de los hombres, y por otra los padecimientos tan grandes y terribles de su divina Madre, es decir, de aquella criatura privilegiada que por su sumision á la voluntad del Omnipotente y por el ejercicio de todas las virtudes, merecia ser amada y respetada de todos los mortales! Veia que éstos no habian de aprovecharse de la poderosa intercesion de esta Santísima Señora; que en vatio la dejaba por Madre á muchos hombres; que no solo no la habian de amar y respetar como tal, sino que habian de hacerle una guerra cruel y directa. ¿Cómo se presentarian á la consideracion de Jesus los hereges antiguos y los incrédulos modernos, blasfemando de la santa, de la pura, de la amable Maria? Ya unos le niegan su maternidad; ya otros el que fuese virgen intacta ántes del parto, en el parto y despues del parto; ya los incrédulos que han extendido sus miras hasta atacar á la religion en sus bases, hablan de ella y del divino fruto de su vientre, en el lenguaje mas obscuro que puede imaginarse.

Esto mismo sucedia respecto de la Iglesia de Jesucristo, esposa suya. Esta, fundada con la sangre de su divino Esposo, propagada por sus apóstoles, se presentaba á su vista destrozada y llena de heridas por los mismos hereges é incrédulos. ¿Con qué dolor no veia Jesus separarse del gremio de su Iglesia esas considerables porciones de hombres que han tenido la desgracia de apostatar? ¿Qué pena agobiaría su purísimo corazon al ver que esos mismos hombres, no contentos con abandonar ellos solos á su antigua madre, procuran arrancar de sus brazos cuantos hijos suyos pueden, por medio de la propagacion de sus erróneas y detestables máximas? Católicos, pongámonos en la situacion de Jesus, y jamas



